

VOLVIENDO A PENSAR SOBRE EL ENSEÑAR Y EL APRENDER*

Presentación**

Cuando me hice cargo del decanato, tenía nombres para las funciones centrales de esta Facultad. En el Instituto Gioja, el Consejo designó, a mi pedido, al profesor Carlos Cárcova; en la dirección del Departamento de Postgrado, tuve la satisfacción de traer desde Rosario a un investigador de raza, a un jurista sabio, el profesor Miguel Ángel Ciuro Caldani, quien nos acompaña en esta reunión. Y el tercer punto de apoyo, central para mi gestión de avance, de innovación, era Enrique Mariscal. Hace ya un tiempo le pregunté: “Si alguna vez soy decano, ¿me acompañas?”, y él me dijo que sí. Cuando fui designado le pedí su colaboración y volvió a decirme que sí.

Aquí está ahora. La Facultad tiene el orgullo de contar con su talento en estos tiempos que reclaman creación. En estos momentos en que se producen múltiples cambios, hay requerimientos muy fuertes hacia los docentes; exigencias que vamos a seguir cubriendo por un buen tiempo los seres humanos con seres humanos, mientras la inteligencia artificial no termine por reemplazarnos, ¡vaya uno a saber cuándo y cómo!

Hoy nos admiramos frente a algunas evidencias de la informática, cómo la computadora le gana al campeón mundial de ajedrez. Pero esta destreza computacional se llama “inteligencia estrecha”. El talento de las máquinas se dará cuando uno pueda decirle al teléfono: “¡Comuníqueme..., comuníqueme...!” y la computadora pregunte: “¿Con su casa o con la oficina?”. La máquina habrá hecho entonces un proceso rapidísimo de análisis, habrá colegido de todas mis conversaciones que tengo teléfono en mi domicilio y en la oficina.

* Conferencia del profesor Enrique Mariscal, titular de la Dirección de Carrera y Formación Docente. Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires. Sala Auditorio, 24 de abril de 2002.

**Doctor Atilio Alterini, Decano, Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires.

Estamos lejos todavía de esos desempeños cibernéticos. Cuando esto se logre, seguramente los profesores se seguirán reuniendo. No estaré presente entre ellos, por cierto; de mi generación habrá algún sobreviviente muy anciano. En esos tiempos, los maestros humanos quizás seamos reemplazados por máquinas.

Pero la concreción de este cuadro imaginativo todavía está muy lejos; por eso precisamos a Enrique Mariscal, capaz de desarrollar habilidades de humanidad entre los profesores, para que impulse, proyecte, plantee y nos enseñe a integrar, a enlazar el enseñar con el aprender, el dar con el recibir, para motivar, crear y potenciar.

No sé si soy un buen profesor, pero lo bueno que puedo tener de docente, en una enorme proporción, se lo debo a Mariscal. Muchas gracias, Enrique, por estar aquí, muchas gracias por participar de esta gestión, muchas gracias por estar con nosotros esta noche. Ahora me sentaré en el suelo como en aquellas mañanas de tus seminarios.

Conferencia de Enrique Mariscal

El miedo distancia

Les pido que se acerquen, hablaré desde la platea. Hay un punto de conexión, de aproximación, que, si lo logramos, mejora la calidad de aprendizaje, se crea un campo de energía distinto. De lo contrario, estamos presentes pero distantes, como observadores de lo que hacen otros.

Me agradaría crear, entre todos, un territorio habitado por la comunicación, que ponga profundidad, inteligencia, buena onda, mejor humor, situación original que no quiere ser meramente académica, sino un contacto intelectual y afectivo que nos comprometa en transformaciones indispensables. Por lo tanto, necesitamos un punto óptimo de acercamiento.

Cuando hay miedo, uno toma distancia; con el temor, las fieras y las personas nos alejamos buscando refugio en la separación. Sin embargo, existe un punto óptimo de proximidad entre los animales; aun el ejemplar más feroz deja de ser peligroso si uno entra en su campo propio para invadir su espacio pericorporal, aproximadamente treinta metros. Ahora,

si invadimos su burbuja de aire, aparece de inmediato en la fiera un comportamiento del tipo *ataque y fuga*. Si las posibilidades de retiro están bloqueadas por algún impedimento físico, se generan movimientos de retroceso agresivo. Esta dinámica de *ataque* y de *fuga* está presente en la interacción humana, anida en las instituciones, en las cátedras, en las aulas, en la sala de profesores tanto como en los juzgados, en las asambleas, en los directorios, en la pareja y en la familia. Es fundamental encontrar rápido el punto óptimo de acercamiento; a veces, sobrevivimos en las instituciones alternando conductas aceptadas, crónicas, de *ataque y fuga*.

Es entonces cuando uno *dura*, pero no *vive*, la casa está tomada por amenazas de todo tipo y por búsquedas de posiciones y de mantenimiento de posiciones. No aparece el lugar para la energía libre para crear. Esto lo estudia una ciencia joven sumamente atractiva: la *Proxémistica*.

Hay personas que viven de las instituciones; otras, muy pocas, dan vida a las instituciones

No es lo mismo sumar a una organización *antigüedad*, que aportar *experiencia*, porque si se pone experiencia, se está instalando en la convivencia el espíritu de investigación y de crecimiento continuado, muy distinto de la mera repetición de algo que se aprendió, a lo mejor hace treinta años, y se duplica rutinariamente con las seguridades que proporciona el fatal mecanismo de “más de lo mismo”.

Queda claro, entonces, que hay un punto óptimo de acercamiento. Por ejemplo, me acompaña ahora una banda sonora invisible; si la invado, genera de inmediato acople. Por lo tanto, es necesario que exponga desde un lugar invisiblemente adecuado. Me gustaría hablar para que nos encontremos, no para llenar un tiempo de ceremonial.

En estos momentos del país y del mundo, se está cumpliendo con todo rigor la maldición china: “Ojalá que le toque vivir en una época interesante”. En la Argentina, como suele ocurrir, nos excedimos en la dosis: esta época es muy, pero muy interesante. Los gitanos suelen practicar otra maldición: “Ojalá tengas una vida llena de pleitos”. Una vida llena de pleitos es el aire denso que respira un abogado, en estos tiempos tan atractivos como cambiantes ¿Por qué extrañas

razones ocultas uno se habrá metido en estos climas malditos tan poco propicios para la salud y la armonía social?

El valor de las primeras motivaciones

Si releemos a Rafael Bielsa en su librito de la década del cincuenta *El abogado y el jurista*, encontramos que este referente del Derecho argentino sospecha de las motivaciones tardías. Bielsa advierte que las motivaciones válidas brotan temprano en la vida de las personas. Las motivaciones tardías son para recelar.

Si uno cambia de profesión de grande, si ya mayor alguien se siente atraído por una flamante actividad laboral, es de temer. Bielsa se complace, además, en señalar que el llamado más íntimo, profundo y temprano en la vida de un abogado es el ejercicio de la política. Todo estudiante de Derecho es un político potencial, busca el mando, lo olfatea, lo siente, hace inhalaciones de poder en las instituciones y vuelve a su casa a soñar estrategias de conquista. Se fortalece visitando ministerios, tribunales y cátedras, siempre mirando hacia arriba. Quien ejerce cierto poder, sospecha que éste viene de afuera: una designación, la ceremonia social y el *sillón* o *cátedra* legitiman el cargo, adornado éste con manifiestos símbolos de *status*.

Bielsa afirma que existe absoluta confianza en un país cuando está regido por el espíritu de los abogados; con ellos se respira el respeto por la ley. Sin embargo, la Argentina ha sido gobernada por abogados, y también por militares, y se exhibe al mundo como un indisciplinado laboratorio social, con normativas que parecieran asistir al fin del dinero, donde se faenan animales en la ruta y se reciben, entre quejas, donaciones de lentejas, entre otras contradicciones nada prolijas.

La Argentina es el único país donde se hacen depósitos en una institución bancaria para no recuperar más ese dinero

En su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Kant enuncia los principios éticos de una sociedad moral, subyacentes tras la ra-

zón universal que opera indefectiblemente en cada sujeto, sea éste carbonero o profesional.

Para el filósofo alemán, está escrito en la razón pura el principio de justicia; no hay que aprehender de ningún libro ni cátedra el imperativo categórico de la ley moral. Para ilustrar su ética, ofrece este ejemplo: un amigo, en privado, sin ningún escrito formal, me da en depósito un dinero para que lo cuide. Este buen hombre muere; nadie sabe qué y cuánto me entregó (...) ¿Le devuelvo a la viuda la suma confiada o no? Nadie sabe de esta entrega; ¿qué *debo* hacer?

Kant expresa que la *razón pura* dicta, en nuestro interior, la ley moral pertinente a cada caso: “*debes* entregar lo que has recibido por puro *respeto* a la razón práctica”; de lo contrario, nadie haría un depósito para su cuidado, no habría más depósitos en el mundo, terminaría de inmediato el gesto de amistad personal o de confianza en una organización bancaria impersonal ¿Quién depositaría algo para no recuperarlo en el futuro?

De la misma manera, no podríamos saldar una cuenta, porque está en las posibilidades arbitrarias del cajero argumentar en cada pago recibido: “¡Usted a mí no me dio nada!”. Con estos vínculos abusivos, queda alterada, para siempre, la convivencia; nos invade entonces la desconfianza generalizada, se hace irrespirable el aire social del país, simplemente por irracionalidad.

Las costumbres pueden ser fuente de Derecho, pero nunca, las malas costumbres.

Rastreado fundamentos, encontramos que Alberdi enseñaba en su tiempo que si una entidad bancaria o un gobierno emiten sin respaldo, o no devuelven lo recibido gracias a la confianza de un depositante, llevan a cabo un acto criminal. No es necesario que venga alguien del FMI, apurado, para transmitirnos este conocimiento. Está establecido desde siempre en el funcionamiento mismo de la razón.

En este dificultoso tránsito entre el *idear* y el *hacer*, nos preguntamos esta noche de reflexión: ¿Por qué hay un conocimiento instalado en los libros, o en las cátedras, y no aparece manifiesto en la convivencia diaria? ¿Qué nos impide llevar a acciones concretas los principios esenciales del aprender y del enseñar?

La armonía conmueve

Es recomendable volver a pensar en Alberdi. Se me ocurrió pedir en la biblioteca de la Facultad el primer tomo de sus obras completas. Esa colección de ocho volúmenes tiene más de cien años; está casi intacta, muy poco leída; alguien, respetuosamente, hizo una acotación en un margen, aporte anónimo que debe de tener casi un siglo, porque se trata de un trazo hecho con pluma cucharita y papel secante. Indudablemente, les estoy hablando de un libro muy poco consultado en esta casa.

Y encuentro que Alberdi escribió en el Uruguay; él había escapado de las persecuciones políticas pensando que pronto retornaría a Buenos Aires o a su Tucumán natal, pero no pudo regresar por cuarenta años; siguió produciendo y enseñando, creativamente, a una distancia prudencial.

El primer escrito que aparece en sus obras completas se titula “Enseñanza musical del piano”. Alberdi era un artista, estimulaba el aprendizaje del piano. Les aseguro que si estudian sus lecciones, dominan de inmediato los secretos del teclado sin temor. El gran jurisconsulto advertía, desde los renglones iniciales, que no es verdad que la música es el arte de combinar los sonidos. “La música es el arte de *conmover* combinando los sonidos”.

Si no hay estremecimiento, contacto emocional profundo, encuentro de almas, no se produce la movilización propia de la *razón* superior de la belleza, de la armonía, de la música.

Alberdi, como maestro, nos señalaba el espíritu esencial del vínculo docente; el encuentro que conmueve. La interacción que anhelaba estimular buscó ese punto de armonía, que permite luego extenderse a todo el orden social a través de un orden jurídico, base y punto de partida de la organización racional. Los principios jerarquizados de esta armonía son tan simples como esenciales: promover el bienestar general y defender la libertad.

Riesgos de la inseguridad jurídica

Estos valores que dan fundamento constan en nuestro Preámbulo; también figuran en la tapa del libro *La inseguridad jurídica*, del doctor

Atilio Alterini, pequeña y substancial obra de la que me gustaría extraer algunos aportes que pueden enriquecer conceptualmente este encuentro. Ya se habrán dado cuenta de que me une a Atilio una profunda atracción *homo-intelectual* ¿Por qué se ríen, qué pensaron? ¿Observan con qué rapidez trabaja la mente? Escuchamos un término y lo decodificamos de inmediato para obtener una significación.

La pregunta ahora es: ¿cómo hacemos para modificar nuestra mente para que ella empiece a operar receptivamente, con inteligencia, sin prejuicios? Esto es difícil, sobre todo cuando existe una *formación*, y ella decodifica velozmente palabras y situaciones. Debido a nuestras especiales *deformaciones*, operamos como máquinas de producir conflictos por ausencia de un pensamiento comprensivo. Si nos hemos formado para ser profesionales en el arte de la guerra, esa postura combativa prevalecerá en toda nuestra acción docente.

Recuerdo que cuando desarrollé en esta Facultad, en 1988, un encuentro sobre “Visión productiva de los conflictos”, planteaba las posibilidades de resolución alternativa de las disputas. Muchos de los participantes de entonces expresaron que mi propuesta repugnaba a la *razón jurídica*: “¿cómo pueden resolverse los conflictos, si no se instituye el litigio, la guerra, el arbitraje obligatorio?”. Existe una mentalidad que opera enfrentando, chocando. También hay una actitud que busca superar las oposiciones percibiendo el punto de armonía en el conflicto, esto es, el ejercicio de alta inteligencia, de lógica elevada, de música superior.

Habría que percibir si esto se puede aprender o nos corresponde vivir, por fatal destino, perpetuando el mal, trabajando crónicamente hasta lograr la destrucción de alguien, supuesto enemigo, a quien no le corresponde “ni la justicia”.

Si se pudiesen enseñar y aprender estas jerarquizadas habilidades, tal vez podríamos imaginar a un líder efectivo de paz, y nuestra misión sería contribuir a preparar a un profesional, hoy tan ausente como indispensable.

Esta nueva misión pretende aportar, con urgencia, agentes de armonía elevada en comunidades que están estallando de violencia, desconfianza e inseguridad. Si no nos animamos a transitar estos senderos de transformación social, seguiremos formando, o deformando,

mentes frescas para enturbiar, cada vez más, el clima social, preparando profesionales de la astucia, idóneos para crear más dificultades de las que resuelven.

Alterini concluye su libro *La inseguridad jurídica* con un elocuente mensaje: el monarca prusiano Federico II, El Grande, acostumbrado a operar arbitrariamente, puso en prisión a los jueces que defendieron al dueño de un molino según los principios racionales de la ley vigente. Eso no le gustaba al autócrata, y llevó a presidio a los sacerdotes de las normas establecidas, subordinados sólo a la ley. Inspirado en su soberbia, Federico enfrentó a un campesino: “Te voy a comprar tu campo, aunque no lo quieras vender –le dijo–. Yo soy el rey, y es mi voluntad”. El humilde labriego, confiado en el orden legal de su patria, respondió: “Majestad, no va a ser así mientras en Prusia haya jueces”.

Si los hombres de ley están comprometidos con la seguridad jurídica, aunque tengan que ir a prisión, se establece un principio de orden capaz de crear una sociedad tan digna de vivir como de cuidar con el ejemplo diario.

¿Cómo transformar esta casa-usina de poder para generar profesionales para la armonía social?

Hace muchos años, un maestro del alma humana conocido como Sun Tzu escribió en la China un librito titulado *El arte de la guerra*. Tuve la oportunidad de editar en Barcelona un diálogo con Tzu y transformar su clásica obra en: *El arte de la guerra para nuevos líderes*, una visión creativa para ganar sin combatir. *El arte de la guerra* es un documento muy difundido entre los empresarios argentinos. Lo leen los gerentes, los directores; todos tienen un ejemplar en algún lugar de su biblioteca o de su escritorio. Cuando les pregunto: “¿Ustedes luchan contra la competencia?”. Me responden: “No, nosotros estamos preparados para el combate interno”. Y agregan: “Acá la gente “serrucha” el piso al otro diariamente. Es nuestra obligación, para sobrevivir, estar atentos a las amenazas locales”. “Pero si ustedes son los directores(...) ¿cuál es el problema?”, pregunto con ingenuidad. “Enrique, es evidente que te falta conocimiento acerca de esta

jungla”. Aquí es indispensable estar en permanente *ataque y fuga*; “¡si no, perdemos la conducción(...)!” El caso que comento ilustra el liderazgo de rutina, donde todo se orienta a mantener una posición egotrópica; no se pretende cambiar nada para transformar una cultura paralizada en el miedo en una empresa de producción.

Si leemos a Sun Tzu, advertiremos que el gran estratega enseñaba que la guerra es mala en sí misma. Decía: “Sabio es el comandante que obtiene victorias sin entrar nunca en combate”. Para ello es fundamental conocer al oponente. Si no sabemos dónde está el enemigo, si ignoramos contra quién estamos peleando, fatalmente seremos perdedores. Lo primero que tiene que hacer el comandante, para no pelear con su propia sombra, es conocerse a sí mismo. Es fundamental saber contra quién se batalla. El enemigo local tiene un rostro feroz. Se llama incomunicación, trabajo estanco, ignorancia, falta de motivación, desconfianza, negligencia, impunidad y corrupción.

Sun Tzu aporta un diagnóstico ejemplar para cualquier organización cuando afirma: “Si en un batallón el aguatero toma agua a escondidas, ese ejército ya está perdido. Si los oficiales, clandestinamente, se comen la carne de la tropa, ese ejército ya está derrotado”.

Alberdi se inspiró para su obra fundamental en un libro que ahora, lamentablemente, no se lee. Se llama *Las ruinas de Palmira*, de Volney, y fue escrito a fines del siglo XVIII. “Si los libros se apreciase por su peso, valdría éste muy poco; pero si se estimasen por su contenido, sería tal vez colocado entre los más importantes”. La obra habla de un viajero culto que, ante los restos magníficos de una gran ciudad, se preguntó: ¿Qué les habrá pasado a estos hombres tan evolucionados que desaparecieron? ¿Qué hicieron o dejaron de hacer? Volney meditaba sobre las revoluciones; Alberdi conspiró con él; es decir, respiraron juntos, a la distancia, el mismo aire puro.

El planteo es simple y, a la vez, profundo; descansa en el poder de los principios. No puede promoverse el bienestar general si hay corrupción. Tamaño virus malogra la salud y la prosperidad de cualquier organización por debilitamiento energético crónico y expansivo. Tampoco pueden existir privilegios en una sociedad justa. Con prerrogativas, no brilla plenamente la armonía social. Si desaparece la contención jurídica, si se

falta el respeto a personalidades justamente prestigiadas, adviene el derumbe de las ciudades, aunque sus edificios luzcan firmes como presuntos mausoleos eternos.

Necesitamos viejos locos

En las cortes, había un clima autoritario. No se podía decir cualquier cosa ante el rey, salvo que uno fuese el bufón del cortejo. El bufón podía decir cualquier barbaridad siempre que generase risa. Estaba para divertir y se protegía en el poder de la gracia, de la humorada, del chiste; ésa era su función. De la misma manera, en su tiempo, el ingenio de Quevedo, con humor y fina autoironía, se permitía expresar las críticas más duras al orden imperante. Se refugiaba en las franquicias del arte poético, si no, lo mataban.

El bufón decía cosas “molestas” sin grandes riesgos. Era el viejo loco aceptado por el cortejo, que señalaba, entre bromas, vida, pasión y muerte de todos. En nuestras instituciones, faltan *viejos locos* que digan, con simpatía compartida, lo que se suele callar.

También escasean los *viejos sabios*; simplemente porque ninguna sociedad los tolera por mucho tiempo. Atenas no soportó a Sócrates; tres abogados mediocres, portavoces a sueldo de la nobleza, Anitos, Melitos y Licón, le dijeron al maestro: “Sócrates, estás corrompiendo a la juventud, la estimulas a que piense por cuenta propia. Con tus malas prácticas indagatorias, intranquilizas y confundes a los dioses; estás alterando peligrosamente el orden social”. Sócrates, que sólo sabía que no sabía nada, era simplemente un gran Ignorante y argumentaba todo lo contrario: “Los ayudo a que descubran por sí mismos la dignidad de sus almas”.

Nadie debe aprender como esclavo

“¿Cómo se debe aprender?” Sócrates, cuenta Platón en *La República*, responde: “Nadie debe aprender como esclavo, porque los conocimientos que ingresan por imposición no trabajan bien dentro del alma; impiden seguir aprendiendo. El hombre debe aprender como hace un niño

cuando juega”, muy interesado en lo que está haciendo, maravillado por un fenómeno que lo sorprende.

De pronto, nuestros pequeños alumnos llegan a ese punto excelente, están magnetizados, por ejemplo, por la armoniosa marcha de un ciempiés o por la discusión violenta de dos compañeros... Entra la maestra en el aula, golpea las manos y dice: “¡Chicos, empieza la clase...!”. Y así, con su presentación personal, rompe la magia de una posible investigación natural o social. El día que el maestro, fluyendo de modo espontáneo con la situación, se incline religiosamente con un grupo de chicos a observar, en este caso, el movimiento acompasado de un insecto, o la postura de los cuerpos en un enfrentamiento verbal, daría comienzo el milagro del óptimo acercamiento, aquel que es capaz de transformar en oro pedagógico cualquier incidente. Es entonces cuando el docente se ubica como un estudiante experimentado que está aprendiendo, con vivo interés, con sus propios alumnos.

En cambio, el instructor autoritario, como producto humano terminado, lleno de antigüedad, dogmático, irrumpe en el auditorio pasivo, con elementos de imposición, como si desease vaciar su pequeña ignorancia, ilusoriamente, en inactivos recipientes mentales, amurallado en su presunta torre de marfil. Desconoce que si el alumno no alcanza a hacer por sí solo su propio metabolismo, su personal proceso de nutrición, de aprendizaje, no alcanza tampoco a despertar el interés que generaba el bufón con sus sanas provocaciones, propias de una heurística en vigilia.

Tenemos una sociedad sin *viejos locos* y sin *viejos sabios*. Considero que esta Facultad, para renacer, deberá movilizar todo su talento creativo, activarlo, a través de docentes experimentados y generosos. Protagonistas que piensen y sueñen realizaciones de avanzada, incitantes, iconoclastas, irreverentes, expresadas con inteligencia, con ingenio oportuno; capaces de potenciar y de movilizar inteligencias en formación como señalaba el doctor Atilio Alterini cuando me presentó. Algo irrenunciable tiene que hacer una casa de estudios superiores que quiere mantenerse en la avanzada del conocimiento científico y tecnológico; debe abrir caminos serviciales de conocimiento aplicado a la resolución de los problemas de la sociedad que la sostiene. En el campo de la biología se avanza en cuestión de horas; no es posible repetir el error de ayer.

Riesgos de la búsqueda de seguridad

Si toda la vida natural y cultural está tocada por la ley universal del cambio, debemos convivir con incertidumbres en épocas altamente interesantes, aceleradas. Nadie quiere sufrir más en el futuro, todos aspiramos ilusoriamente al merecido refugio de un orden seguro. Sin embargo, se trata de aprender a vivir en la incertidumbre sin enloquecer. No es cuestión de conseguir un “búnker institucional”, no hay “trenza” que sobreviva mucho más a esta crisis total.

Las organizaciones defensivas deben soportar la prueba del óxido: ¿para qué están haciendo lo que hacen? Especialmente si ocupan, por ejemplo, cincuenta mil metros cuadrados de óptima construcción, superficie idónea para albergar a dos mil familias necesitadas. Las urgencias sociales están llegando a puntos críticos, donde debemos balancear, periódicamente, el costo-beneficio de mantener organizaciones complejas sólo por tradiciones nostálgicas de la llamada “elite del diploma”.

La Universidad Nacional del Nordeste no tenía asignada su sede en el Chaco. Comenzó a funcionar en el lugar donde iba a ubicarse, inicialmente, una escuela-hogar. El primer proyecto fue descartado por las influencias políticas en juego, y la Universidad del Nordeste se instaló en esos terrenos. De esta manera, comenzaron a formarse jóvenes que pronto se alejaron de sus provincias natales, porque en Resistencia y en Corrientes no existen posibilidades de trabajo pleno. Es decir que la Universidad pobló comunidades subdesarrolladas con profesiones ausentes, y así surgió una juventud diplomada, aglutinada en ciudades donde la mayoría de los niños no llegan a ingresar en la escuela primaria o no la completan. Sin embargo, los diplomados se saludan cortésmente entre ellos, cuando no combaten fieramente por las limitadísimas posibilidades de algún cargo público o privado.

Ante ciertas situaciones sociales, hay que tener planteos propios de “viejo loco”; inventar, por lo menos en el plano imaginativo, una entidad que venda títulos de cualquier cosa, doctorados múltiples y polivalentes, certificados grandes y ornamentados, con muchas firmas. En otra sede, al mismo tiempo, debiera desarrollarse un espacio idóneo destinado a la gente seria que quiera aprender honestamente algo valio-

so, no sólo para beneficio propio, sino también para los demás; un lugar donde se canalice la motivación de algunos estudiantes para habilitarse a fin de compartir conocimientos que resuelvan las carencias, manifiestas y latentes, de una sociedad.

Si alguien, urgido por necesidades de figuración *fashion* o de realización *express*, pretende un doctorado universal, planetario, válido hasta en la luna, se le vende un lindo rótulo a buen precio. Por supuesto, con lo recaudado se construyen esos lugares sacros de aprendizaje, donde profesores socialmente distinguidos por sus obras asistan respetuosamente a la inteligencia en formación.

Cuando los doctores de las universidades evacuen de su vientre el último diploma, van a tener que darle paso al jardinero que exhibe un simple tomate, un fruto natural logrado. Porque, de seguir las tendencias actuales, llegará un momento en que nadie sabrá producir un tomate, no uno de plástico, un fruto valioso en sí mismo por su frescura natural.

Estamos perpetuando *papers* vanos por una ley precavida que dice: “Antes de romper un papel, hágale una fotocopia”. Nos pasamos la vida cuidando archivos que no consultamos; falta inteligencia práctica redundante, innovadora y responsable. Lamentablemente hay muy pocos “viejos locos” que hagan estos señalamientos.

La mayor matrícula universitaria es femenina

Por suerte ingresó la energía femenina en las instituciones llamadas de “formación superior”. María Montessori, en 1900, fue la primera mujer en Italia que se recibió de médica, cirujana, además de ser madre soltera. Muchos pensaron que el arribo masivo de la energía femenina iba a poner ternura en el ejercicio de las profesiones tradicionales, otra sensibilidad, la gracia y el talento de Venus. Lamentablemente, no fue así; la nueva matrícula copió con rapidez las mañas masculinas; a veces, con uñas más largas que las de los mismos hombres; duplicó el modelo de profesión rutinaria, esquemática por coacción.

Me contaron que en un derrumbe alguien tiró una soga desde un helicóptero para que todos aquellos que pudieran agarrarse de ella fueran

transportados, por elevación, a un lugar seguro. Diez hombres se treparon velozmente. Cuando comenzaban a tomar altura, una mujer, con un gran salto, consiguió sostenerse de la cuerda. El piloto gritó: “¡Sólo diez personas, por favor, alguien tiene que soltarse; es mucho peso, no puedo elevarme(..)!”. Todos los suspendidos se miraron. La mujer dijo: “No se preocupen, compañeros; soy mujer, estoy acostumbrada a perder, he dado hijos que salieron de mi cuerpo con dolor; es mi destino de sufrimiento entregar mensualmente sangre; soy mujer, nací precisamente para el sacrificio. No se preocupen por mí; sé muy bien lo que voy a hacer”. Los hombres, emocionados, comenzaron a aplaudir (...).

El lugar de la imaginación

Un matrimonio gustaba de los paseos al aire libre. Al hombre le complacía la pesca; a la mujer, leer a la sombra de un árbol frondoso.

Mientras el marido pescaba en su lancha, la esposa disfrutaba de la lectura.

En una oportunidad, el esposo dijo: “Quisiera dormir una siesta, no saldré hoy a pescar”. Cuando el hombre dormía, la mujer subió a la embarcación; se fue con su libro al medio del lago. De pronto, apareció un patrullero en un bote de control:

– Señora, es época de veda, y está pescando– le recriminó.

– No, señor, estoy leyendo– respondió, serena, la dama.

– Por favor, señora, tiene usted todo el equipo preparado y está aguas adentro –argumentó el guardia–. No me diga que está leyendo. Debe pagar la multa correspondiente, está en infracción. O paga la multa o viene conmigo a la guardia.

– Ni pago la multa ni voy a ningún lado con usted– respondió la lectora.

– Y si lo veo a su superior, lo voy a denunciar porque usted me quiso violar.

– Señora, no la toqué, no le dije absolutamente nada que pueda significar acoso sexual...

– ¡Sí, pero tiene usted todo el equipo preparado!

La astucia parece apropiada para sobrevivir en una sociedad sin rumbo claro. La figura social del abogado pareciera no ser muy querida en nuestra sociedad. En general, se “toma distancia” de su burbuja profesional. Recuerdo ahora a algunos amigos, presentes hoy aquí, que venían a mis grupos exclusivos para profesionales del Derecho, donde hacíamos juegos y dramatizaciones imaginativas. A veces había que manifestar qué es lo que haríamos si cayésemos imprevistamente en una isla desierta: ¿sobreviviremos?, ésa era la pregunta. Un gato, sin duda, supervive y no estudia para ello. Los abogados, en la emergencia, proponían redactar, antes que nada, un código de convivencia. Escribían apurados manuales de procedimientos para la isla, se atribuían funciones y regulaciones, por supuesto, a cargo de ellos. Les advertí en el juego: “Atención, que están en una emergencia; en una isla desierta, deben hacer algo más práctico”. Entonces alguien propuso pedir auxilio a través de un sistema de telefonía; otro quiso escribir un testamento para organizar sus bienes. Indudablemente cada uno proyectaba su visión profesional, poco práctica en la contingencia. No hablaba la sabiduría natural que está instalada en cada uno de nosotros, por ejemplo, en el ataque y fuga.

Otra historia cuenta que un abogado deportista, en muy buen estado físico, arrogante, exitoso, salió al campo a cazar patos. De pronto apuntó a una bandada, y un pato cayó tras un alambrado donde un agricultor, ya anciano, estaba trabajando con su tractor. El hombre de leyes le gritó: – ¡Mire, soy abogado, se cayó en su campo un pato mío! ¡Lo quiero agarrar! ¿Me permite?

El granjero, poco afecto a las “aves negras”, le respondió:

– Doctor, es evidente que lo que se adjudica está en mi terreno; por lo tanto, el pato es mío.

– ¿Cómo que el pato es suyo? Lo acabo de cazar, yo mismo le tiré –protestó el cazador.

– Tal vez sea así, pero está en mi terreno: es de mi propiedad – argumentó el hombre mayor. Y siguió el diálogo:

– Vea, amigo, no me diga tamaña simpleza. ¿Sabe quién soy yo? Si quiero le mando diez cartas documento seguidas, lo aplasto legalmente y, además, me quedo con su campo.

– No, señor, acá eso no funciona. Nosotros somos granjeros; tenemos otro código.

– ¿Qué leyes tienen ustedes?– respondió el demandante.

– Acá redimimos las disputas acatando la ley de las patadas.

– ¿Cómo es eso?

– Muy fácil: si usted tiene un requerimiento que considera justo, a mí me asiste el derecho de darle tres patadas. Después, si usted quiere seguir el pleito, yo me quedo quieto, y usted me da tres patadas a mí. Si deseo continuar, le doy nuevamente tres patadas a usted; y así seguimos hasta que uno de los dos se canse. El que cede, pierde; el que más aguanta, gana. Tiene razón jurídica.

El abogado consideró tan débil al labriego, que aceptó confiado el desafío. El hombre bajó del tractor; lucía unas imponentes botas de potro, se acercó al cazador y le pegó tal patada en la pierna, que el abogado se agachó; luego le dio tal patada en la cola, que se enderezó; por último le dio una patada en los testículos que lo volvió a encorvar. El sufrido doctor soportó el castigo confiado en su oportunidad para terminar rápidamente el incidente.

– Bueno –dijo molesto el doctor–, prepárese que esto termina muy rápido. Ahora me toca a mí.

Entonces el viejo pícaramente respondió:

– No es necesario seguir, doctor; me doy por vencido. Llévase el pato.

Existen puntos óptimos de acercamiento. Es fundamental aprender con alegría, no rraicionar esa gracia divina. En ambientes tensos y tristes, seguramente se trabaja mal, y no prosperará nada bueno. En todas las circunstancias, debe estar presente el lugar de la imaginación creadora y el buen humor.

Es difícil meditar en Tribunales

En los espacios donde no existe alegría, es “trabajoso” producir. Meditar en Tribunales, en una sala de espera de una comisaría o guardia hospitalaria, es una tarea dificultosa. Sin embargo, hay que tomar decisiones en todos los ambientes de gestión. Es importante preservar estos puntos óptimos de equilibrio, cuidarnos, desarrollar el lado humano de la organización.

Las personas suelen poner sus ansiedades tanto en la facultad como en la empresa, organización o familia. Así se van generando figuras que impiden llegar a lo esencial de una tarea. Las instituciones son espacios vacíos que se habitan, ocupan, dominan o despueblan por fuerzas emocionales de todo tipo. Cada uno tiene que superar las energías propias de portería, de administración, de cada sector; éstos se cierran sobre sí mismos y acumulan sus propias densidades. Así tenemos organizaciones preparadas para expulsar o para atraer. Algunas se defienden astutamente de todo cambio, como esas bibliotecas tan ordenadas, donde no se puede consultar ningún libro, porque ello implica desorden. En cambio, cuando vemos que una biblioteca está muy desordenada, es, seguramente, porque allí se trabaja fuerte.

En una biblioteca, hay sectores perfectamente ordenados, porque están preparados para una exposición externa. Nadie va a consultar, por años, sus tesoros. Por ello es sumamente interesante descubrir las instituciones voraces que de a poco van devorando a sus pobladores. En ellas las personas suelen pasar más tiempo del necesario. La calidad del trabajo no requiere tantas horas de dedicación, pero el personal, entre sus paredes, se siente contenido. Allí consiguen confrontar, sentirse importantes. Por todo ello es conveniente, de vez en cuando, reunirnos para volver a pensar sobre el enseñar y el aprender: ¿habrá ganas de hacerlo?

Si pudiésemos transformar cada cátedra en una especie de “club de aprendizaje”, lograríamos crear un centro de magnetismo institucional. Cuando uno concurre a un club, no va porque le pagan, ni mucho ni poco. Acude, porque allí hay amigos, buena onda. Si nos animamos a transformar cada cátedra en un ambiente de fortalecimiento personal, de estimulación, de efectivo aprendizaje compartido, vendremos gustosos a esta casa. Tal vez porque algunos “viejos locos” iluminarán con ideas y señalamientos capaces de hacer sentir que la docencia es una tarea sagrada; y que millones de años de evolución del cerebro humano no pueden concluir para que el hombre simplemente pague, si tiene suerte, la cuenta del gas. El hombre nació para cosas mucho más importantes que la mera supervivencia física.

La docencia es tarea ociosa, empeño de reflexión profunda, actividad superior, porque contribuye a estimular la inteligencia en formación

de un país. Exige vestales y hombres con sensibilidad y consagración suficientes como para dar vida a una institución creada para una misión social irremplazable. Pero si solamente se le roba energía a la institución, si se le succionan, entre telones, pequeños beneficios secundarios, la Facultad se puebla de aguateros infieles, que malogran su misión elevada. Si se toma el agua a escondidas, si sólo se trata de pertenecer por las ventajas espurias de un negocio, todo se entrega a la descomposición, a un futuro de ruinas.

Necesitamos iluminar esta casa con intenciones grandes. Por eso dije “sí” a la invitación del doctor Alterini; porque se animó a ofrecerme un espacio institucional para “volver a pensar sobre el enseñar y el aprender”. No importa si esta pasión dura una semana, un año o cuarenta. Lo importante para mí es que cada día de gestión sea intenso.

No venimos a hacer los deberes para un “visto bueno” formal. Asumimos la demanda de un país que tiene problemas excesivamente serios vinculados al poder, a “la silla”, esto es, a “la cátedra”. La pregunta es ahora: ¿Quién es el que se sienta en la silla, en la cátedra, lugar del poder? Si el poder está fragmentado, no se pueden crear organizaciones magnéticas. Debemos tener presente la teoría de las tres I. Los griegos clásicos, cuando hablaban de “teoría”, querían decir: “ver bien algo”, “mirada global”, “visión”. Nada es más práctico que una buena teoría.

La teoría de las tres I

Esta teoría abarca:

-Identidad. ¿Quién soy? ¿Quiénes somos? ¿A quiénes respondemos cuando nos damos vuelta, cuando sentimos que pertenecemos a una organización, especialmente en este momento en que las empresas son compradas, son quebradas? ¿Tenemos identidad? ¿Qué significa ser “profesor titular”, “auxiliar docente”, “estudiante de Derecho”?

-Integración. ¿Tenemos integración? ¿O son movimientos aislados, fragmentados? Si no hay integración interna, si cada cátedra tiene una interna para resolver, ¿qué va a transmitir? Transmite eso, un males-

tar... Tenemos que crear un clima realmente de armonía, de aprendizaje, de entusiasmo, pero si no está la otra “I”, tampoco funciona.

-Innovación. ¿Respondemos a lo nuevo con lo nuevo, o seguimos con los viejos discursos? ¿Qué es realmente lo que estamos haciendo en la realidad argentina?

En atención a este enfoque, les traje un testimonio cinematográfico realizado por los canadienses. Es un conmovedor mensaje mudo. Hace veinte años, los participantes de mis seminarios miraban esta película y me decían: “Enrique, no entiendo el significado de esto; por favor, ¿qué significa?”. Es triste explicar los chistes. En el cielo se cuentan hermosas historias; en el infierno, las explican, inventan ideologías, fundamentos. Han pasado veinte años y, a lo mejor, si vemos ahora este material, lo comprendemos. Es una meditación sobre el poder, se llama “La historia universal de la silla” ¿Ahora la entenderemos?

Está cambiando la realidad; todo se derrumba, pero... ¿qué le importa eso a uno si está sentado, con un portafolio?, y si hay un portafolio, ¿qué tiene adentro? Un sándwich, ¿qué se puede tener dentro del portafolio? Te comiste el sándwich, ya está, se terminó la gestión, ¿y cuántos andan con la silla, con el portafolio...? Quizá alguien quiera ver si puede agarrarse otra silla más, porque tener dos sillas es mejor que tener una..., y bueno..., yo no sé si lo podemos ver, porque es una cita casi especial, porque justo la película es a las 9 en punto, y ya casi estamos llegando, tiene una invitación para todos nosotros, nos invita la película a que entremos y ocupemos una silla.

Proyección de la película “Historia universal de la silla”*

Algunos viejos amigos me dicen: “Enrique, yo soy profesor titular, ahora también tengo que trabajar. Estás loco... El gran esfuerzo mío fue llegar hasta aquí, y ahora, de golpe, debo enseñar, motivar, formar a los ayudantes, evaluar...”. Es como si alguien lleno de problemas personales dijese: “¿Qué me pedís, que con las complicaciones que tengo vaya

* *National Film Board of Canada*

todavía a ver a un terapeuta?” En otros casos, algunos pacientes muy especiales, después de veinte años de tratamiento terapéutico, llaman todas las mañanas al profesional para preguntarle: “¿No es cierto, doctor, que cada vez soy más independiente? ¿No es cierto?”.

Sócrates, viejo sabio, no pudo con Alcibíades, discípulo dilecto, que se complacía en generar escándalos para que los atenienses hablasen de él. Montessori, gran intuitiva, pasó toda su vida hablando de los principios simples del aprender; hasta que llegó a confesar: “Nunca pude formar un docente”. Sin embargo, se crearon *casas del bambini*, material didáctico y hasta universidades con su nombre.

En esta época turbulenta, en medio de tanta demencia destructiva, propongo una locura superior: enamorarnos de nuevo; invito a quitarnos el plomo de las alas. Llamo al entusiasmo, a las ganas de construir. No se puede vivir constantemente en depresión; hay momentos en los que uno toca fondo y quiere ascender, ser. Existe hoy día un enorme talento nacional que quiere manifestarse. Tenemos que expresarnos con original solvencia en épocas difíciles. Comencemos a hacer oro pedagógico con todo lo que podamos encontrar; valen como diagnóstico tanto los libros no tocados de la biblioteca de la Facultad o cualquier incidente diario, o algunos testimonios expresivos de la gente que constituye la Facultad.

El mejor diagnóstico viviente de esta casa está en el concurso de cuentos que hemos realizado en dos ocasiones. Los trabajos leídos muestran la Facultad real a través de la imaginación creadora. Hay un cuento que habla de los libros nunca leídos de la biblioteca; las obras clásicas conversan entre ellas en los estantes. Otro señala las virtudes mentales que debe tener un camarista; en otro relato, aparece la Facultad como una magnífica fábrica de excusas; aquí se aprende a inventar excusas funcionales para cualquier situación.

Existe un arte de argumentar que Sócrates denunció en su época por tratarse de un nefasto saber relativo, que desplaza, por conveniencia, el concepto universal, que es fuente racional del comportamiento ético.

El falso saber se subordina mezquinamente a los beneficios de un pago. Por esta extendida ignorancia y mala fe, la asistencia jurídica no alcanza a ser razón para todos. El ofrecimiento actual del sistema

jurídico opera como si fuese un lujoso hotel de cinco estrellas: está abierto a todos, pero solamente pueden usar sus habitaciones confortables aquellos que las puedan pagar.

Volviendo a sentir sobre el enseñar y el aprender

¡Cuántas cosas para hacer, para inaugurar, para volver a construir juntos! No, desde el remordimiento; no, desde la culpa, purificando la memoria, con calidad de respuesta al presente, con identidad asumida, con integración y capacidad innovadora. Debemos ponernos vigentes, hacer que cada día vivido en la Argentina tenga sustancia, estilo, conducción. Debemos trabajar con todo el talento que habita esta casa, detectar la levadura creativa.

Hemos hecho una pregunta a los egresados presentes, como estudiantes que fueron de esta Facultad: “¿Recuerda el nombre de algún docente, de cualquier jerarquía, que le haya impactado por su humanidad?”. Tal vez la respuesta señale a algún ayudante, a alguien no oficializado en la docencia, a un profesor destacado, o a ninguno. Los viejos hindúes, hace muchos años, decían que un hombre sano alcanza los cien años. Los primeros veinticinco son para dedicarlos a la *vida de estudiante*, es decir, para aprender, leer, formarse, divertirse, compartir con amigos, amanecer tomando tragos con los compañeros. Ilustra magníficamente esta situación una película que se presentó con el título de “Vida de estudiante”, aunque en la novela original se llama “The paper chase”. En Carrera y formación docente, estamos organizando una sección de cine sobre Educación Jurídica. Localizaremos y proyectaremos “Vida de estudiante”¹, porque es una película que trata de la enseñanza del Derecho en Harvard. Muestra de qué manera un profesor brillante trabaja en el aula con trescientos estudiantes haciéndolos participar a todos con el método de estudio de casos. En el filme este renombrado docente nunca explica nada: siempre pregunta. Tiene la foto y el nombre de cada alumno según su asiento: “Smith, ¿cuál es su problema en el caso 18?”; cuando el alumno responde, el profesor agrega: “Douglas, ¿por qué?”. Y así, con preguntas precisas y oportunas, va for-

¹ El actor John Houseman ganó en 1973 el Oscar por su actuación en esta película, como “mejor actor de reparto”.

mando una mentalidad indagatoria, que, a la larga, consigue destruir, por rivalidad, el compañerismo y la alegría en la vida de los estudiantes. La vida por un papel significa el precio que hay que pagar en Harvard para transformarse en abogado por la gracia de un cartón. De la misma manera, se puede analizar el costo de transformarse en médico, que magníficamente escribió el gran pediatra y educador Bridge.

La vida de estudiante es muy atractiva, pero de los veinticinco a los cincuenta años, le llega al hombre otra escuela: casarse, aprender en el matrimonio a convivir con la esposa, con los hijos. Se trata de generar un orden en el mundo chico del hogar, otra facultad, una escuela muy exigente y, a la vez, con sus propias satisfacciones.

De los cincuenta a los setenta y cinco, el hombre maduro, afirmado, que sabe y vivió el servicio familiar, se abre ahora a la familia social más amplia; se dedica al desarrollo de las organizaciones, a la vida política, a crear entonces instituciones inteligentes. Ahora habla sereno, está bien sazonado por los años, condición óptima para una importante realización, para abrírnos a un trabajo solidario.

De los setenta y cinco a los cien, es el momento del viejo sabio. Hay que entendérselas con la propia alma, hablar más hacia adentro, descubrir la real identidad, abandonar el personaje social para preguntarse “¿quién soy?” más allá del cargo, más allá de ser padre, más allá de un título.

Se cuenta que un rey poderoso tenía cuatro esposas. A la primera la amaba mucho, se sentía muy atraído por ella, le daba las mejores atenciones. A la segunda la quería por su gracia y lucimiento, le proporcionaba muchas horas de su vida. A la tercera no la apreciaba, sólo la cuidaba lo suficiente. A la que no quería nada era a la cuarta, la desatendía, la vivía como una carga de su destino real. Un día, el rey, que transitaba por la cuarta etapa de su vida, descubrió conmovido que iba a morir. Entonces, se dirigió a su gran amor y le dijo:

– Me parece que dentro de poco moriré. No quiero estar solo en la otra vida ¿Me vas a acompañar?

– No puedo –le respondió la primera de sus esposas–, estoy muy ocupada, debo atender mis propios asuntos.

El rey sufrió una gran decepción y lloró en soledad. Fue a la se-

gunda esposa y le preguntó: – Me parece que voy a morir y no quiero estar sin compañía. ¿Vas a venir conmigo?

–No puedo, tengo que estar en una reunión –contestó su segunda querida.

Se dirigió a la tercera amada y repitió la pregunta anhelante. La respuesta fue inmediata:

– No te puedo acompañar; tengo obligaciones impostergables. Ahora, si es tu deseo, puedo organizarte un cortejo fúnebre imponente.

El rey cayó en una gran depresión. Fue entonces cuando oyó una vocecita tan temblorosa como conocida:

– Yo te voy a acompañar; nunca te abandonaré (...) –le dijo la cuarta esposa.

La primera consorte significaba su propio cuerpo; él lo cuidaba mucho, pero, una vez muerto, éste seguiría su propio destino. La segunda mujer representaba sus posesiones materiales; ya fallecido, irían a otras manos. La tercera cónyuge era el poder, la silla, la cátedra que siempre atendió y defendió, pero que inmediatamente iba a tener un sucesor. La cuarta esposa era su propia alma; no la había cuidado nada, aunque, fielmente, ella siempre lo iba a acompañar.

¡Qué oportuna la edad de setenta y cinco a cien años para ordenar el propio reinado y encontrarse en armonía con la propia alma, no en divorcio contrariado! Si nos entendemos con nuestra propia alma, es posible también que un buen trabajo de comunicación docente pueda nacer. Nadie puede alimentarse por otro, ni comer por otro, ni tampoco aprender por otro.

Me van a acompañar en todo este trabajo institucional, por supuesto, el doctor Atilio Alterini y la doctora Mónica Pinto; el doctor Juan Seda, gran colaborador, en la vicedirección; la gestión de secretaría académica del doctor Gonzalo Álvarez; nos van a ayudar el doctor Carlos Cárcova y sus investigadores; el doctor Miguel Ángel Ciuro y su Departamento de Graduados, la doctora Cecilia Gómez Masía, y muchos amigos titulares de cátedras y docentes que simpatizan con esta pasión. Estoy convocando a todo el talento de la Facultad, a la levadura. Pocas personas bien integradas dinamizan una organización. Cinco más cinco no son diez, pueden ser quinientos. Y quinientos más quinientos pueden ser cero,

si hay guerra interna, si hay un combate interno. Como cuando quinientas personas intentan poner una mesa y nunca lo consiguen, porque uno pone el mantel, el otro lo saca; alguien coloca los platos, otro los tira; uno pone los cubiertos, el otro los esconde. Dos personas que cooperen lo hacen en unos minutos. La sinergia es un milagro.

La película que vimos nos dice que, a las 9 en punto, alguien ya sentado nos invitaba a ocupar una silla. A lo mejor ya estamos en la silla con el portafolio presto ¿Qué estamos haciendo en las ruinas de Recoleta? Se están derrumbando los edificios. Sin embargo, los principios del aprender siguen intactos, descansan en el asombro, en la libertad socrática, en un proceso de comunicación y apertura. Una relación cooperativa acompañada, *com pañero* es “comer del mismo pan”. El fundamento más antiguo del trabajo de equipo se encuentra en la Biblia, es “comer juntos”. En la lectura evangélica, “La última cena” indica lo mismo.

Esta noche convoca la amistad, la simpatía; esta reunión va a tener un efecto multiplicador para futuros encuentros. Tengo mucho material fílmico para proyectar en el futuro; por hoy es suficiente. Es mi intención detectar a todos aquellos con ganas de hacer cosas de elevación en esta Facultad. Me pongo al servicio de todas las cátedras, departamentos; quiero realizar reuniones fluidas con todos, no tanto hacer cursos especiales, sino ver rápidamente cuáles son las cosas que duelen y cómo se podrían ir superando; encontrar juntos puntos de integración; divertirnos y, a la vez, ser más serviciales; transmitir entusiasmo a los docentes y trabajar también con los alumnos. Es una tarea peripatética, para caminar juntos, socrática, esencial.

También es fundamental jerarquizar la palabra del abogado. Su discurso debe tener precisión, excelencia. Cuando habla el abogado, tiene que ser escuchado por la calidad de su discurso, debe ser un protagonista de la paz. He trabajado mucho para lograr que se institucionalice la famosa “mediación”. Los logros prácticos, para mi percepción, están muy lejos de lo que ambicionaba. No quería que quedara exclusivamente en manos de abogados. Un antropólogo, por ejemplo, cuando mira una comunidad, no quiere ganar a nadie, ni pelear, quiere comprenderla, descubrirla. A lo mejor se están cayendo los edificios, y uno no entiende lo que pasa, porque está ya mirando

las cosas de otro lugar ¿Cómo creamos acá vínculos de confianza? Creciendo juntos, beneficiándonos juntos, y viendo qué es lo esencial y qué no, qué es lo que importa y lo que no importa. Por eso, cuando se hizo el Primer Congreso de Derecho de Daños, que fue en homenaje al doctor Mosset Iturraspe, me pidieron que desarrollara una conferencia de presentación. Hablé entonces del daño que nos hacemos a nosotros mismos como profesionales, me referí a las patologías profesionales, a los daños que uno se hace a sí mismo.

Unos años antes, en la Universidad Nacional de Córdoba, había organizado un Congreso de Medicina sobre Iatrogenia. En éste se desarrolló el tema en todas las especialidades médicas. Entonces, indiqué que el mismo Congreso era iatrogénico, porque los profesionales nos limitábamos a presentar una minuciosa lista de patologías generadas por mala praxis, pero no hacíamos nada en la práctica efectiva para prevenir y resolver los daños. En esta Facultad se realizó el Congreso, y se habló de daños manifiestos, latentes, difusos, para crear más campos de trabajo. El asunto es resolver más daños sociales y acruar de otra manera ante la sociedad ¿Será esto posible? Habría que investigar (...); yo pienso que sí (...)

Poner este espíritu de cambio y de transformación, inventar nuevas profesiones dentro de la profesión universal de ser hombre, dar a la toga un alma nueva. Esto lo quisiera hacer con la colaboración de ustedes, sabiendo que todo lo que hacemos en esta vida es para nosotros mismos. Nos llevamos el nivel de conciencia que alcanzamos, partimos con lo que entregamos y dejamos lo que no dimos.

Es de la experiencia común que, si no nos miramos en el espejo, tenemos cinco años. La conciencia y la mente no tienen edad; operan como un testigo interior que no envejece. Si pudiéramos identificarnos con este aspecto testigo, descubriríamos que todo lo que esta conciencia capta es el patrimonio que nos vamos a llevar. Si uno no comprende estos tránsitos, puede pasar por esta vida como un turista desorientado. No conoce ni el idioma, ni sabe adónde va. A veces cuando miro a la multitud que camina por los pasillos de esta Facultad, por la que pasan cerca de treinta mil peregrinos –entre administrativos, docentes, alumnos, visitantes–, me parece ver una especie de caravana que busca algo que desconoce en un lugar que se desplaza.

Por ahí algunos detienen su paso incierto ante una puerta: “Dirección de carrera y formación docente” ¿Será aquí?, meditan en silencio. Se preguntan: “¿Podré conseguir aquí algún tipo de identidad, integración e innovación que me asegure salud mental, algún aprendizaje y, fundamentalmente, algún conchabo?”.

¿No observan ustedes que hay muchos peregrinos que buscan un gurú, alguien que los salve de la muchedumbre solitaria, que les dé algún tipo de orientación? Y resulta que los más desorientados son los docentes: “Yo sé de aeronavegación, yo sé sobre comercial, yo sé de contratos...”.

Por eso, quiero ahora recordar a un egresado de esta casa al que quise mucho; era realmente un niño, un adolescente crónico. Se llamaba Vacari, juez laboral. Ya falleció. Ganó el primer premio en un concurso sobre la Facultad de Derecho, que organicé cuando cayó la dictadura. Su cuento habla de un tigre que, una vez, apareció en la sala de profesores; caminaba por el Salón de los Pasos Perdidos, observaba los ventanales, miraba a los estudiantes(...) Uno de ellos, al verlo, le dijo a otro: “¡Che, gordo, hay un tigre suelto, fijate!”. El compañero respondió: “¡Y para qué te preocupás por eso, gilún, si no te lo van a preguntar en el examen, atendé sólo a las cosas que te preguntan(...)!”.

Alberdi escribe cosas muy ingeniosas para leer y estudiar; son verdaderas fuentes de inspiración. En un pequeño artículo, expresa que existe una frase que a él le molesta mucho por soez, vulgar, agresiva e ignorante. Es: “¿Y a mí qué me importa?”. Así se titula este artículo, muy breve: “¿A mí qué me importa?”. Es el otro polo de Terencio: “Soy hombre, y todo lo humano me importa”. Este “¿y a mí qué me importa(...)?” es la frase más difundida en el país, ahí yo pongo mi egocentrismo.

El dardo de la agresión se clava donde uno lo agarra, si no, pasa de largo. Cuando uno está muy susceptible, agarra todos los dardos, está muy en primera persona. Se clava los que vuelan, los que están en el piso, abre un cajón y también se clava los dardos. Pero en la medida en que uno está muy susceptible, pierde sensibilidad, no tiene registro total de lo que está ocurriendo; entonces, claro, si uno va por la calle Florida y gritan “¡Gordo!”, ningún flaco se da vuelta, pero uno tiene problemas de peso y mira; gritan “¡Petiso!”, y ningún alto se da vuelta.

¿A qué identidad respondemos? En la sociedad, cada uno tiene un rótulo: ahí va el “influyente”, allá va el “gurú”, allá va el “componedor”, allá va el “Tarzán” (...) ¿Cuál es la identidad nuestra? Porque si alguien grita hoy en Florida, o a lo mejor en la facultad: “¡Chanta!”, se dan vuelta muchos(...) ¿Cuál es la identidad?

Ahora mismo en el Centro, hay nuevas funciones que estoy tratando de integrar, porque hay una cosa que a mí me preocupa: se me presenta mucha gente que me dice: “Yo soy del módulo I”, o “yo soy del módulo II (...), ¿pero cómo? El módulo II viene después del I y antes del III (...)”. Todavía no sé los módulos(...) Yo no los inventé. Pero a la gente le gusta tener niveles, nivel I, jerarquía, porque si vos antes, por ejemplo, tenías algo en cuotas, se te organizaba la vida durante doce meses, sabías que tenías que cumplir. Si tenés módulo I, tenemos que hacer el II, después el III, después el IV, después te vas a posgrado, después seguís (...) Pero si el posgrado repite los vicios del grado, estamos en lo mismo (...) ¿Entonces seguimos siempre así? ¡Qué lindo sería averiguar qué es lo que hacemos con lo que tenemos en docencia y aprender de ahí!

Para mí ha sido muy linda esta charla. ¿No tienen muchas ganas de irse? Si alguien quiere hacer una pregunta(...) No quiere decir que sepa responder, pero puedo escuchar la pregunta:

Pregunta: ¿Cómo seguimos?

E. Mariscal: Esperamos aportes de las personas interesadas. Estamos llegando a la nueva función, nos estamos instalando. Algunas cosas ya están hechas, entonces vamos a ver cómo seguimos. Todavía no pude entrevistarme con mucha gente, pero vamos a localizar a todos aquellos que simpatizan con (vamos a llamarla así) la *homo-intelectualidad* (...).

El 18 de mayo, de 10 a 12, voy a reunirme en el Salón Rojo con los docentes que en la década del 80 concurrían a mis seminarios de los sábados por la mañana titulados siempre de la misma manera: “Volviendo a pensar sobre el enseñar y el aprender”. En esos años, era gente muy importante la que concurría a esta Facultad, que asistían a los encuentros de reflexión. Los acompañaban cientos de jóvenes inquietos; hoy están algunos aquí con algunas canas más. Podemos reencontrarnos, ● unirnos en esta tarea común. Voy a estar disponible en esta casa para

entrevistarme con todas las personas que estén inquietas por esta temática; atenderé en cualquier lugar de la Facultad, en el bar, en sala de profesores, en los pasillos o en la sede de Carrera y formación docente, segundo piso, ámbito en refacción.

Conversaremos amigablemente sobre todo lo que se puede hacer para jerarquizar la docencia. Organizaremos reuniones, seminarios locales e internacionales; haremos que este Auditorio proyecte un ciclo de cine especializado. Quiero desarrollar en esta sala una cátedra abierta de Educación Jurídica para todas las personas comprometidas con la pedagogía universitaria. Las próximas reuniones serán el 28 de mayo, el 26 de agosto, el 23 de septiembre y el 28 de octubre. Están todos invitados. Editaremos publicaciones con producción local; crearemos una figura de asistencia técnica de prestigio internacional.

Quiero organizar Jornadas Internacionales de Educación Jurídica para el mundo hispanohablante. Aspiro a seguir trabajando en esta Facultad para crecer juntos, para demostrar que en la Argentina pasan también cosas serias y profundas, no sólo rarezas incomprensibles; que existe gente disciplinada, que trabaja, avanza, puede y quiere dar mucho al país, a Latinoamérica, a Europa, no solamente solicitudes de trabajo.

En el corto plazo, tengo un compromiso en la Universidad de Málaga, donde desarrollaré unos cursos de verano; quiero representar a la Facultad de Derecho de Buenos Aires en España, invitar a docentes y alumnos que quieran aprender con nosotros. Estaré en Madrid, en la Feria del Libro; voy a establecer contactos en Cataluña, en los Países Vascos, y vamos a trabajar con los universitarios de toda América Latina.

No estoy diciendo cosas locas, señor decano, simplemente sueño fuerte. Si este salón es hermoso y funcional, es porque alguien alguna vez lo soñó así, y por eso se hizo. Todo lo que nos asombra porque funciona se debe sencillamente a que alguien lo imaginó funcionando previamente. Tendríamos que aprender a observar la calidad de nuestros sueños. A lo mejor estamos soñando con flojera. Por mi parte, voy a seguir soñando fuerte en todas las cosas de este tipo; considero que es una forma creativa de prestigiar a la Argentina y de materializar lo que nos está faltando.

Si en Internet buscamos “Educación jurídica”, el resultado es muy pobre. Por eso, me parece importante desarrollar este campo del conoci-

miento, donde seguramente hay mucho que replantear. Está ocurriendo una transformación poderosísima en todos los niveles. La China tiene más acceso a Internet que los Estados Unidos. En los próximos encuentros, voy a traer algún material filmico chino sobre el trabajo en equipo, que estimo muy pertinente para esta Facultad.

Estoy seguro de que podemos asumir jornadas internacionales jerarquizadas de pedagogía universitaria, con énfasis en Educación Jurídica, Educación Médica y Educación Superior, con los valiosos aportes de cada una de las cátedras de esta Facultad. Existe aquí incalculable material docente, y la Facultad puede descubrir una valoración que, a lo mejor, ahora no sospechamos. Ello nos haría sentir muy bien. Todo el campo de la pedagogía universitaria en la Argentina debe ser replanteado; no hay todavía conciencia sobre la misión de la Educación Jurídica. Es mucho el trabajo que nos espera.

Estamos avanzados en la hora. Les agradezco la presencia. Para mí fue una noche excepcional. ¡Muchas gracias!